

Si persisten las molestias, consulte a l@s niñ@s

Jaime Delgado Rubio*

Un científico en su laboratorio no es sólo un técnico: también es un niño colocado ante fenómenos naturales que lo impresionan como un cuento de hadas.

Marie Curie

Mucha tinta ha corrido desde que se acuñó el concepto de patrimonio arqueológico en México tendiente a lograr un mínimo acuerdo para comprender el fenómeno y legarlo a las siguientes generaciones de académicos. Una discusión adulta de la cual no hemos estado libres de conflicto o disputa.

En medio de ésta, un grupo de niñas y niños de todo el país irrumpen con irreverencia y frescura para mostrarnos –sin proponérselo– su manera de ver el llamado “patrimonio arqueológico”, dejando implícitos testimonios, acciones y reacciones útiles para pensarnos desde nuestra vida profesional y discurso académico autorizado.

NOTICIERO ARQUEÓLOGOS EN APUROS

Para cumplir con este objetivo, se tomó como fuente la interacción con las niñas y niños participantes del proyecto *Arqueólogos en apuros*, noticiero multimedia que pondera la capacidad de los infantes de diversas partes del país para asumir



Las niñas y niños del noticiero irrumpen de forma fresca los discursos especializados de patrimonio. **Fotografía** © Jaime Delgado Rubio.

decisiones y revelar con éstas sus intereses y preocupaciones respecto del pasado prehispánico de sus localidades.

Con estas decisiones, las niñas y niños participantes toman en sus manos la producción del noticiero y se hacen responsables de su investigación, moviéndose en todas direcciones para representar a conductores, reporteros, corresponsales y entrevistadores en busca de una noticia, un nuevo misterio o una nueva pregunta acerca del pasado prehispánico.

Este ensayo es resultado de la interacción con niñas y niños de Atzompa, Oaxaca; Xochicalco, Morelos; Cholula, Puebla; Becan, Campeche; Chichen Itzá, Yucatán; Tulum, Quintana Roo; Teotihuacán, Estado de México; Tajín, Veracruz; Templo Mayor, Ciudad de México; Pomuch, Campeche; Cacaxtla, Tlaxcala; Tlatelolco, Ciudad de México; Calakmul, Campeche, y Trincheras, Sonora, con diferentes temperamentos, formas de ser y sentir el patrimonio arqueológico desde sus circunstancias locales, pero con algo en común, todos ellos expresan sus intereses sobre el pasado de su comunidad.

Con este análisis comparativo, cabe pensar en las ataduras, los dogmas y los temores que impone el canon arqueológico a generaciones de arqueólogos, museógrafos y restauradores, quienes hemos llegado a soluciones y conceptos que ante la mirada de los niños no parecen del todo lógicas.

Por ello, una advertencia es necesaria, no intento generalizar cuando hablo de nuestro gremio, sino manifestar mi experiencia en la interacción con estas niñas y niños. Si alguno de mis estimados colegas se siente aludido y acepta estas afirmaciones como válidas, les recomiendo (y me incluyo) guardemos la calma y recurramos a las niñas y niños que más confianza les tengamos para que nos proporcionen un enfoque acerca de nuestros proyectos de divulgación.

A continuación, mostramos una serie de discrepancias que existen entre el universo arqueológico o patrimonial adulto, *versus* la mirada de las niñas y niños.

PÉRDIDA DEL SENTIDO TEMPORAL

Un primer hallazgo sobre esta discrepancia es que los profesionales de la arqueología solemos interesarnos en las culturas del pasado y los acontecimientos ocurridos hace cientos o miles de años, acercándonos a éstos con mucha solemnidad, cautela, método y una supuesta neutralidad de valores.

Nos atraen los procesos de cambio cultural, prueba de ello es que cuando nos solicitan hacer una exposición, de inmediato se nos viene a la cabeza organizarla de manera cronológica. También nos inclinamos por el estudio de las caídas de las grandes civilizaciones, las relaciones comerciales a larga distancia, las técnicas de manufactura, las patologías, paleodietas y, últimamente, en los llamados isótopos estables de estroncio.



La imaginación como un activo fundamental en los programas de divulgación. **Fotografía** © Jaime Delgado Rubio.

Sin embargo, al preguntar a las niñas y niños acerca de lo que les gustaría saber de la vida de los habitantes de su territorio nos respondieron: ¿Se lavaban los dientes? ¿Se enamoraban? ¿Qué comían? ¿Tenían novia? ¿Tenían perros? ¿Cómo se divertían? (Cid, 2013). Una lista de intereses que, evidentemente, no es la nuestra.

Las niñas y niños se han mostrado más interesados en conocer la vida de los antiguos habitantes de Mesoamérica a partir de sus propias vivencias, un principio que hemos denominado como “Arqueología de la proximidad”. ¿Los antiguos tenían perros como nosotros tenemos? ¿Les ponían nombres como nosotros? ¿Cuáles eran? ¿Asistían a la escuela? ¿Quién inventó la tarea? Son algunas de las preguntas que revelan su necesidad de convertir el pasado en un espejo de sus propias preocupaciones, intereses y hasta de sus pesadillas.

Muchos de nosotros nos instalamos y hasta habitamos en un pasado distante, buscando respuestas a preguntas formuladas por nosotros o nuestros tutores académicos, sin detenernos a pensar si éstas responden a alguna inquietud de la



El poder del relato en los proyectos de divulgación arqueológica. **Fotografía** © Jaime Delgado Rubio.

población o de la sociedad donde vivimos. En otras palabras, generamos una distancia conceptual y funcional con nuestra comunidad de origen.

En contraste, las niñas y niños parecen valorar lo pequeño, lo específico o lo que puede llevarlos a una analogía inmediata con su presente vivido. Es como si tuvieran el poder de traer el pasado a su presente para que responda a sus inquietudes, un ejercicio cognitivo ancestral que los orilla a preguntarse acerca de la humanidad común, sus diferencias, sus semejanzas, pero también de lo que no quieren en su futuro.

Esto no significa que como especialistas debamos responder a preguntas del inmediato cotidiano de las niñas y niños en detrimento de las explicaciones generales acerca de una civilización, sino más bien reconocer que estas inquietudes representan la puerta de entrada para interesar a los niños sobre temas de historia y acompañarlos a descubrir nuevos misterios en procesos sociales más complejos.

Por ejemplo, saber que los antiguos mexicas o mayas tenían perros no nos dice demasiado, pero cuando los niños reporteros averiguan que los canes eran cuidados porque ayudaban a cruzar el noveno nivel del inframundo, entonces, el perro se convierte en el vehículo de investigación para

explorar la idea de ese inframundo y la vida después de la muerte en el pensamiento indígena mesoamericano.

Contrario a ello, si en vez de hablar del perro dictamos una conferencia acerca del inframundo, sospecho que perderíamos ese hándicap en favor de nuestra comunicación con el universo infantil.¹

PÉRDIDA DE IMAGINACIÓN

Una de las características más visibles de las niñas y niños participantes del noticiero ha sido su enorme capacidad de imaginar situaciones, por ejemplo, cuando en Cacaxtla, Tlaxcala, fantasearon los motivos de la pelea entre guerreros jaguar y guerreros aves ante el famoso Mural de la Batalla.

Contrario a lo que podría pensarse, los infantes se ciñeron a lo visto en el mural y ninguno de ellos elucubró más allá de lo que miraba. En otras palabras, su imaginación se movió dentro del horizonte de subjetividad de la propia evidencia, su versión es muy interesante, la cual se recoge en el programa *Arqueólogos en apuros*, Cacaxtla transmitido por INAH TV.

Respecto a lo anterior, debemos señalar que esa actividad de las niñas y niños ante el mural la hacemos constantemente los arqueólogos, pero por alguna extraña razón estamos



Los niños y niñas ante nuestras preocupaciones como profesionistas adultos. **Fotografía** © Jaime Delgado Rubio.

poco dispuestos a aceptar que usamos nuestra imaginación. Las razones de esta reticencia tiene relación con lo que llamamos la “tiranía de la evidencia”, en la cual la academia exige “evidencias” de nuestras afirmaciones, aunque éstas se limiten a la materialidad y, por ende, estemos condenados a mostrar sólo una mínima parte del fenómeno social estudiado.

Durante nuestra vida profesional se nos enseñó que la arqueología es el estudio de las culturas del pasado a través de sus restos materiales. Esta definición parece proporcionarnos un cómodo sofá donde solemos descansar tranquilamente. Pero, ¿cuántas cosas de un fenómeno social “no evidentes” pasamos por alto debido a que debemos ceñirnos sólo a las pruebas materiales? ¿Cuántas veces descalificamos una teoría o hipótesis debido a que los postulantes no han localizado dicha evidencia? ¿Por qué solemos concebir la imaginación como algo subjetivo e incompatible con el quehacer arqueológico?

Un ejemplo es el descubrimiento de un enterramiento arqueológico, en el cual nosotros, en nombre del rigor científico, nos avocamos a registrarlo, determinar su posición anatómica, la orientación de su cráneo y su altura, para luego extraer cuidadosamente cada parte del cuerpo y empaquetarlo con su correspondiente etiqueta.

En este proceso parece inadecuado atrevernos a imaginar que ese esqueleto (hombre, mujer, adulto, niño o anciano) tuvo un funeral, probablemente con llanto, con deudos, con flores, con recuerdos personales, con oraciones a los dioses, con aromas y con un tratamiento del cuerpo. Y si lo imaginamos lo hacemos en privado, sin confesarlo, porque es impropio. ¿Cómo le explicamos a una niña o a un niño que somos científicos y no podemos imaginar?

Por ello, coincidí con Hamilakis (2015) cuando afirma que los arqueólogos suelen ser una especie de profesionistas discapacitados, pues sólo puede usar la vista en detrimento de cualquier otro recurso. Por ello, la tiranía de la evidencia, también llamada “rigor científico”, nos evita imaginar interesantes posibilidades de orden social.

En otro artículo en prensa, identificamos que la “epistemología de la evidencia” se remonta al pensamiento aristotélico, en el cual se afirmó que el sentido de la vista (*sensus visualis*) es por definición el más confiable de nuestra cultura y, por ello, el más científico. No obstante, existen culturas alrededor del mundo que valoran más sus sentidos oníricos (vinculados con los sueños), olfativos o auditivos (Le Breton, 2007).

Lo mismo pasa en los museos cuando llega una escultura que representa a una deidad, por ejemplo, el dios del fuego



El acto de reconocimiento como la partícula más pequeña del universo patrimonial. Fotografía © Jaime Delgado Rubio.

(con su típica palangana o chimenea en la cabeza para generar combustión, usada seguramente en un ritual para validar o sacralizar algún evento). Los museógrafos y restauradores se abocan a limpiarla, consolidarla y restituir faltantes, para llevarla a una vitrina y colocarle una buena iluminación, sin reparar en el hecho que el dios del fuego ya no prende, ya no calienta, ya no huele, ya no se puede tocar y ya no se le puede rendir culto. Se le ha despojado de sus poderes porque ya es patrimonio. ¿Cómo explicamos eso a un niño?

Considero saludable empezar a aceptar que toda la arqueología es producto de una interpretación, donde siempre habrá una cuota de subjetividad e imaginación; debemos usar la imaginación dentro de los horizontes de la propia evidencia como lo hacen los niños. ¿De verdad creen que la doctora Linda Manzanilla no ha imaginado a cuatro representantes teotihuacanos sentados en cada uno de sus templos para tomar decisiones, mientras son atendidos por su servidumbre?

Pensamos que la imaginación es un activo de primer orden, no sólo en la divulgación, sino en nuestra profesión

arqueológica. Sería saludable reconocerla, incentivarla y moverla dentro de los horizontes de la investigación misma.

NUESTRA OBSESIÓN POR LA MATERIALIDAD

Otra diferencia es que en nuestro gremio existe una obsesión por la materialidad, quizá por ello esperamos que al diseñar un programa de divulgación convirtamos a las niñas y niños en una especie de guardianes del patrimonio o custodios de monumentos.

Sin negar la importancia de ésta como punto de partida de cualquier indagatoria respecto del pasado, en nuestra experiencia con las niñas y niños hemos sido testigos de su capacidad de trabajar con la información existente de un objeto o monumento, aun sin necesidad de verlo o tocarlo.

En esta plasticidad, las niñas y niños pueden hablar de una mandíbula de tiburón encontrada como ofrenda en el Templo Mayor de Tenochtitlán (Bedolla, 2015) y hacer con ésta una exposición museográfica, utilizando sus sentidos, imaginación y capacidad creativo-spontánea sin haber visto nunca la mandíbula original.

Pero más sorprendente aún es la capacidad de las niñas y niños de cambiar la ontología de los objetos, es decir, utilizar una cuchara de la cocina de su casa como una espada, como un micrófono o como una catapulta, lo cual explica el éxito de sus exploraciones y su propensión a dejarse sorprender por recursos como los títeres, las metáforas o los cuentos.

Si las niñas y niños son capaces de prescindir de la materialidad para emprender una investigación, ¿qué los motiva? El poder del relato y la experiencia de protagonizarlo.

Es aquí donde recuperamos la idea de Manuel Gándara sobre el poder del relato (comunicación personal) como el corazón de cualquier programa de divulgación infantil. Cito como ejemplo nuestra experiencia con las niñas y niños de Palenque, Chiapas, quienes investigaron acerca de la Reina Roja de Palenque y sus padecimientos de osteoporosis y reumatismo en un programa llamado “Las reumas de la Reina”.

Los pongo en contexto. La Reina Roja, esposa de Pakal “El Grande”, estaba tan bien cuidada que su esqueleto no tenía una fractura o un rasguño, lo cual indica que tuvo un séquito de sirvientes quienes vigilaban su alimentación, sus pasos y su salida al mundo exterior. Pero esa atención excesiva le impedía conectarse con su entorno. La reina no podía salir a jugar, ver los monos de la selva, ni comer lo que se le antojara, por ello, su vida estaba llena de lujos, pero sin la libertad necesaria para gozar de su ámbito y de su reino.

Con este breve relato jugamos con las niñas y niños a representar el momento en el cual nuestra pequeña conductora de noticias (una niña de ocho años de edad), al enterarse de la vida de la Reina Roja, soñaba con ser la reina de su

comunidad y sus compañeros de la escuela tomaron el papel de guardaespaldas, modistas, cargadores, consejeros y damas de compañía. Los cuidados que le daban fueron tales, que se despertó y renunció a su deseo de ser monarca, pero con un fuerte sentimiento de empatía por las circunstancias vividas por ella.

Luego de esta representación teatral, nos enteramos que no podríamos visitar a la Reina Roja en el museo debido a la pandemia. A pesar de ello, las niñas y niños entendieron la historia de la reina y estaban satisfechos con su desempeño ante la cámara, aunque no la hayan visitado.

Esto nos lleva a una reflexión importante, un arqueólogo o divulgador puede sentir que su estrategia se viene abajo cuando nuevos datos de carbono 14 adelantan la caída de una civilización o cultura, sin percatarse que las niñas y niños valoran más el poder del relato y protagonizarlo en primera persona a la “certeza” del dato.

TRASTORNOS DE LENGUAJE

Siempre que hablamos de la necesidad de construir programas de divulgación arqueológica para niñas y niños en edad escolar, es muy común que algún colega señale la exigencia de que los arqueólogos dejemos por un momento nuestras ocupaciones para visitar las escuelas y demos a conocer nuevos hallazgos e interpretaciones en el salón de clase.

El problema de esta iniciativa es que, si la deseamos mucho, podemos correr el riesgo de convertirla en realidad y entonces seremos testigos de nuestros tremendos esfuerzos para aterrizar nuestro léxico y vocabulario especializado, y tratar de hacernos entender con niñas y niños absolutamente llenos de energía, quienes te harán sentir que el salón de clase es su territorio.

Esta anécdota nos ocurrió cuando invitamos a algunos arqueólogos especialistas de la cultura teotihuacana a visitar dos escuelas primarias contiguas a la zona arqueológica de Teotihuacán. Aceptaron amablemente la invitación, conscientes de la necesidad de informar a los jóvenes acerca de los problemas que vive actualmente la conservación de la ciudad arqueológica.

Los arqueólogos, amigos queridos y admirados, entraron al salón de clase y desde el primer minuto realizaron un enorme ejercicio de síntesis pedagógica, corrigiéndose a sí mismos cuando mencionaban conceptos como sustratos, estratos o fosfatos, ante lo cual los vi buscando apresuradamente la palabra equivalente.

No obstante, nada de ello parecía funcionar, las niñas, niños y jóvenes empezaron a inquietarse luego de los primeros veinte minutos, haciendo auténticas proezas de concentración, mientras escuchaban a su profesora amenazarlos que de no guardar silencio, ¡los arqueólogos no regresarían!

Al respecto, debemos señalar que, salvo excepciones notables en las cuales nuestros colegas tienen una didáctica y carisma natural para conectar con niños de esta edad, el resto de nosotros suplicamos un poco de comprensión, pues fuimos entrenados para desarrollar un lenguaje especializado propio del canon académico.

La escritora Brigitte Vasallo señala que nuestra vida académica nos inculca un lenguaje técnico especializado y pulimentado que, a la postre, se convierte en una especie de peaje a pagar para circular en la rápida autopista de la academia. En el camino hemos dejado nuestros acentos, dejes y malas pronunciaciones para complacer a nuestros pares académicos e intentar conquistar la palabra pública. No obstante, advierte que “el lenguaje canónico se nos ha quedado enganchado a la piel interiorizándolo y reproduciéndolo con sorprendente naturalidad” (2019: 2).

Personalmente, no recuerdo cuándo aprendí en la escuela a decirle a un esqueleto “sistema funerario” o a una casa “conjunto arquitectónico”, sin mencionar nuestro gusto inconfeso por usar palabras rimbombantes como isotopías, datación, prospección y espectrometría, como condición para que te tomen en serio si quieres publicar un artículo, libro, informe o simplemente integrarte a una plática con tus colegas.

Por ello, y en aras de pensar en una estrategia de divulgación más empática con las niñas y niños en el noticiero, optamos por sustituir a los arqueólogos (as) por títeres y parodiar nuestro lenguaje y hacer burla de nuestra forma de hablar.

En ese sentido, debemos recordar que los títeres tienen el poder de condensar o alargar la realidad, o de ser políticamente incorrectos, pero sobre todo de generar expectativa con los niños. Hemos visto en el noticiero a niñas y niños de primaria escoltar a los títeres desde que entramos por la puerta de su escuela hasta el salón donde los vamos a presentar, lo cual no ha logrado ni el más connotado investigador de arqueología en el mundo.

Además, como dato curioso, quiero recordar que el uso de títeres se ha documentado en sitios prehispánicos mayas como Chincultik, Chiapas (Navarrete, 2007); Yaxchilán, Chiapas (Delgado, 2020); en Bilbao, Guatemala (Iparraguirre, 2015) y Tenochtitlan, Sahagún (1999: 879), Díaz del Castillo (1985: 105) y Cortés (1970: 234). Queda claro que los relatos que ocurrían en la vida cotidiana de los antiguos pobladores de Mesoamérica se convertían en algo extraordinario, cuando utilizaban títeres (Gándara, comunicación personal).

Con lo expuesto en este apartado, debemos señalar que como académicos especializados en arqueología solemos desdeñar recursos didácticos de primer orden en la vinculación infantil, por considerarlos cosas de niños.

LA AUTORIDAD REPLANTEA SU ACTO COMUNICATIVO



El proyecto “Arqueólogos en Apuros” es un noticiero multimedia que pondera la capacidad de las niñas y los niños para tomar decisiones y revelar sus intereses y preocupaciones respecto del pasado prehispánico de sus localidades. **Fotografía** © Jaime Delgado Rubio.



Una de las características más visibles de las niñas y niños participantes del noticiero ha sido su enorme capacidad de imaginar situaciones. **Fotografía** © Jaime Delgado Rubio.

PROBLEMAS DE ESCALA

Un problema más se relaciona con el tamaño de nuestros objetivos, pues al hablar de patrimonio queremos que los niños se conviertan en guardianes del mismo, es decir, una especie de pequeños policías que custodien y defiendan estos monumentos.

Otra pretensión es que los niños se “concienten” de la importancia del patrimonio como un eufemismo de repetir las declaraciones hechas por nosotros (asumiendo implícitamente la superioridad de nuestros saberes). De no conseguirlo, solemos sentirnos frustrados por no haber logrado instruir a los niños, en un claro ejercicio de condicionamiento, adoctrinamiento y control adulto centrista.

Pero qué pasaría si en lugar de preguntarnos, ¿qué pueden hacer las niñas y niños por el patrimonio?, preguntamos, ¿qué puede hacer el patrimonio por las niñas y niños?

Quizá nos daríamos cuenta de que la partícula más pequeña del universo patrimonial no está en la gran declaración académica, sino en esos pequeños actos de reconocimiento por parte de las niñas y niños, de lo que les parece importante porque significa algo en su entorno y circunstancia. Este reconocimiento es evocativo y puede remitirlos a cualquier cosa antigua o moderna: un viejo juguete, una receta de su abuela, una cancha de fútbol, las caritas de barro que se guardaban en casa, etcétera.

Al identificar este reconocimiento debemos resistir la tentación de intentar controlarlo, pues como lo menciona Ausubel (2002), eso dependerá del esquema mental y experiencias vividas por las niñas y niños. En todo caso, lo que nos debe ocupar es garantizar la calidad del proyecto divulgativo y su implementación para crear juntos relatos poderosos y dinámicas participativas y emocionantes.

CONCLUSIONES

Creemos que estos pequeños actos de reconocimiento son la partícula más pequeña del universo patrimonial y el activo más importante de cualquier proyecto de divulgación o educación patrimonial. Por ello, reitero que, si usted llegara a experimentar alguno de estos síntomas, guarde la calma y busque hablar de su proyecto con las niñas o niños a quien más confianza le tengan. **GM**

* Doctor en arqueología. UNESCO.

Centro de Estudios Antropológicos, FCPYS-UNAM.

NOTAS

¹ Durante la grabación del noticiero en Teotihuacán, que versaba sobre el perro en la época prehispánica, muchas niñas y niños se apresuraron a bañar a sus mascotas cuando les dijimos que los grabaríamos.

BIBLIOGRAFÍA

- Ausubel, David P., *Adquisición y retención del conocimiento. Una perspectiva cognitiva*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2002.
- Bedolla Giles, Ana Graciela, *Desde las entrañas del museo. Reflexiones sobre exposiciones con niños*, México, Archivo Técnico del INAH, 2015.
- Cid, Macrina, *Análisis de la incidencia educativa del noticiero Los Reporteros del INAH*, México, Archivo Técnico de la Zona Arqueológica Teotihuacana, Proyecto INAH en la Comunidad, 2013.
- Cortés, Hernán, *Cartas de Relación*, nota preliminar de Manuel Alcalá, México, 1970.
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, t. II, Madrid, 1985.
- Hamilakis, Yannis, *Arqueología de los sentidos*, Madrid, Jas Arqueología Editorial, 2015.
- Le Breton, D., *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007.
- Navarrete, Carlos, “El complejo escénico de Chinkultic, Chiapas”, en J. Laporte, B. Arroyo y H. Mejía, *XX Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala*, Guatemala, 2006, pp. 987-1006, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 2007.
- Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa, Colección Sepan cuantos... 300, 1999.

REFERENCIAS DE INTERNET

- Delgado, Jaime, “Precaución, zona de titeres”, en *En busca del tietere de Yaxchilan Chiapas*, recuperado de: <https://www.instagram.com/p/CJVF866hCzS/?fbclid=IwAR3rdFJQjUrZJrRSVWR8nCDpWbkRpuCt22tQFeHfGuqrS-UY6DdYQE0IAOM>, consultada en 2020.
- Iparragirre, Larraitz, “El titiritero maya de Bilbao”, recuperado de: http://fundacion-robertolago.blogspot.com/2015/12/el-titiritero-maya-de-bilbao_11.html, consultada en 2015.
- Vasallo, Brigitte, “Lenguaje académico y traición de clase”, en *Online Magazine*, recuperado de: <https://www.pikaramagazine.com/2019/04/lenguaje-academico-y-traicion-de-clase/>, consultada en 2019.